



1. Que un día estuviste enamorado. En esa persona que elegiste para compartir tu vida había encantos ciertos, que tu imaginación aún más engrandecía. Y ten por seguro que aquellas bellas cualidades que tanto admirabas en su personalidad no han desaparecido, aunque ahora tu pensamiento enojado no repare en ellas. Vivíais para complaceros mutuamente; cada uno buscaba para el otro aquello que le iba a ser grato; os ayudabais en todo lo posible. Es cierto, estabais enamorados y sin daros cuenta, arrastrados por la fuerza de vivos sentimientos y sin apenas esfuerzo, os entregasteis al amor en su más cabal sentido: cada uno quería y encontraba el bien para el otro y, de esta forma, todo marchaba de maravilla.

"CADA UNO QUERÍA Y ENCONTRABA EL BIEN PARA EL OTRO Y, DE ESTA FORMA, TODO MARCHABA DE MARAVILLA"

2. ¿Por qué se malgastó el amor? Quizás, porque en un principio vivíais inundados de embriagadoras emociones, pudisteis pensar que siempre sería así, que esa felicidad nunca debería acabar. La fuerza del propio yo se acentuó más de la cuenta, hasta el punto de olvidaros que había un tú, a quien debíais amar, ya no arrastrados por los sentimientos sino por la bondad de unos corazones tiernos y generosos. Debisteis recurrir entonces a esa capacidad para amar en la que os educaron, o al menos alguien os hablaría de ella, como algo fundamental en la vida, para nunca olvidar. Ahí, en esa capacidad entran muchas cosas y no todas fáciles de ser asimiladas: el olvido del yo, el saber perdonar, el comprender, el ponerse en el lugar del otro, el abrir el corazón para que el otro penetre y conozca los más íntimos recodos del alma...

3. A lo mejor cuando surgieron las primeras dificultades acudisteis a los amigos y ¿qué consejos os dieron? Este puede ser un buen momento para hacer una evaluación de ellos. Con la intención de apoyar a la persona amiga se la anima con frecuencia en la autoafirmación de su yo, y de esta forma no se hace otra cosa que promover y acentuar un egoísmo que no facilita la

reconciliación, sino al contrario, separa, y separa hasta la total disolución. Vivimos en una sociedad en la que muchas personas creen en la ruptura del matrimonio como la mejor solución para solucionar los conflictos de pareja. ¡Que no os engañen! Los problemas pueden eternizarse.

4. ¿Por qué no acudís a un centro de orientación familiar católico? Un centro en el que colaboran, de forma gratuita y desinteresada, profesionales de la psicología dispuestos a ayudaros a reencontrar el verdadero amor. Interactuando en otro contexto, y con la guía del terapeuta, podéis descubrir el origen de los problemas que bloquean la comunicación y practicar nuevas formas de relacionaros.

Primero será necesario evitar todo aquello que irrite o maldisponga al cónyuge; una tarea fácil de llevar a cabo con un mínimo de buena voluntad. Luego, será necesario pensar en las pequeñas cosas capaces, a pesar de su insignificancia, de provocar una sonrisa de agradecida satisfacción. De esta forma, abonando el terreno y quitadas las malas hierbas, surgirá una nueva forma de vida compartida, donde reine la comprensión, el cariño, y en la que una profunda comunicación facilite el conocimiento mutuo.



En una cuestión tan importante como el matrimonio, la precipitación en la toma de decisiones no es aconsejable; la serena reflexión, sí. Aquí en Cáceres, en la calle de Diego M^a Crehuet, n^o 14, os esperamos.



**CENTRO DE ORIENTACIÓN
FAMILIAR DIOCESANO
"SAGRADA FAMILIA"**

DIRECTOR: JOSÉ M^a MORA MONTES

Servicio especializado de atención integral a los problemas familiares en todas sus dimensiones.

- Orientación matrimonial y familiar
- Terapia familiar y multidisciplinar
 - Orientación de la infancia y de la juventud
 - Planificación familiar natural
- Fertilidad y Orientación sexológica
 - Asesoramiento en bioética
- Asesoramiento jurídico canónico y civil
 - Conferencias y Cursos
 - Colaboración con otras entidades

C/. Diego María Crehuet 14, 1º B
Teléfono: 927241827
Correo: cofcoriacaceres@yahoo.es

♥ Consultorio: ¿Y SI HAY OTRO MEJOR?

Es la gran duda del noviazgo que, antes o después, aparece amenazante, ¿y si hay otro mejor? La contestación nunca puede ser exacta, ni siquiera tranquilizadora, porque es bastante probable, que haya una chica, o un chico mejor. Si eso no fuera así, querría decir que habrías encontrado al mejor chico o chica del mundo y eso sólo le puede pasar a uno. Por cálculo de posibilidades, es difícil que te pase.

Además, cuando empezaste a mirar a los chicos o las chicas, ¿el objetivo era encontrar el mejor del mundo? Estoy seguro que no... Entonces, ¿a qué viene esa pregunta? Es una tontería, que en muchas personas se puede convertir en una obsesión. Además lleva consigo otra serie de preguntas, que son igual de inútiles. Es decir, crean un problema donde no lo hay.

Desde mi punto de vista la pregunta es ¿Puede ser un buen padre o madre? ¿Me gusta? ¿Me sabe querer? ¿Mis ideales vitales son compatibles con los suyos?

Algunas veces esta duda aparece solapada con un poco o un mucho de egoísmo, y lo que yo quiero decir no es ¿Y si hay otro mejor? Lo que estoy diciendo, es que me gustaría que este, o esta, me esperase, porque la verdad es que valerme me vale, pero mientras espera, yo me doy una vueltecita por ahí para ver lo que hay. Si encuentro alguien mejor, me voy con él, si no lo hay, me quedo con el que estoy...

Eso no vale, además de porque es una falta de lealtad grande, porque según esa teoría, de vez en cuando, de soltero o de casado, el cuerpo te pediría darte una vuelta por ahí, para ver que lo que hay.

O a lo mejor no es egoísmo, sino solo ingenuidad. Sinceramente, he de decir que las personas que me han venido con esa duda, no lo hacían con una intención torcida. Lo hacían como una solución a la duda que le estaba haciendo sufrir... Después de lo dicho, creo que estamos de acuerdo en que no es solución.

JOSÉ M^a CONTRERAS

<http://www.jmcontreras.es>

LA CONFESIÓN Y LOS NIÑOS

En el escrito anterior quizás quedó enrevesado y nada claro qué era lo que hacía la abuela cuando el nieto la imitaba puesto de rodillas ante una puerta. Sí, amigos míos, lo que estaba haciendo ¡era confesarse! Hoy como siempre, gracias a Dios, la gente se sigue confesando, aunque algunos crean que eso está pasado de moda y que es mejor *confesarse directamente con Dios*. Lo que sucede es que se va perdiendo la conciencia, porque se han relajado tanto las costumbres, que ya nadie se cree con pecados. ¡Pero todos somos pecadores! Y ¿pecados?, haberlos *haylos*... y hay que confesarlos, porque si no, no podemos comulgar.

Muchos piensan que la confesión es una invención de los curas, pero hay que decir que este Sacramento fue instituido por Cristo cuando les dijo a sus apóstoles "Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados y a quienes se los retengáis les quedan retenidos". Y es que Jesús es tan bueno que, como médico del alma y del cuerpo, sabía que nos iba a hacer mucho bien, y encomendó a los sacerdotes que continuasen su obra de curación y de salvación, para que los alejados de Él vuelvan y se conviertan.

¿Por qué llevar a nuestros hijos desde pequeños a confesar? Ya sabemos que un niño seguro que sólo tiene pecados veniales, pero la confesión, aunque no sea estrictamente necesaria, ayuda a formar una recta conciencia y a luchar contra las malas inclinaciones que todos

tenemos, ¿o no? ¿A quien no le tienta la pereza o la gula? Y al confesar esas pequeñas faltas también recibimos a cambio más gracia de Dios. Si se les acostumbra a confesarse con frecuencia tendrán, además, el consejo de ese sacerdote que desde el principio les va conociendo y ayudando para que su vida empiece a caminar por el sendero del bien. Por eso, es muy bueno entonces que los niños vayan a confesarse no el día antes de recibir a Jesús por primera vez, sino más veces, semanas antes.

¡Qué suerte tener sacerdotes que en nombre de Cristo nos den la absolución y nos digan "Vete en paz"! ¡Qué pena que muchas personas se pierdan esta gracia! Y que no me digan que no se ponen los sacerdotes a confesar, que si no es así, para eso tenemos lengua y seguro que, si se lo pedimos, acudirán encantados. Ah, y esa es otra... ¡en el confesionario!, porque es uno de los lugares, como el altar o la pila bautismal y otros más, que son principales dentro del edificio sagrado de la iglesia.

Ya seguiremos hablando de este tema, por ahora sería muy bueno que hiciésemos el propósito de llevar a nuestros hijos pequeños y a nuestros nietos a confesarse... Aunque ¡claro! primero debemos confesarnos nosotros, ya que no vamos a pedir que hagan los demás lo que nosotros no queremos hacer, ¡vamos, que hay que pasar uno a uno por el *kiosco*! Y es que, como siempre os recuerdo, el mejor predicador es *fray ejemplo*.

Un beso muy fuerte de una madre de familia.

